

AL DOCTOR ALBERTO REX GONZÁLEZ

*Myriam Noemí Tarragó**



No sin antes agradecer la invitación del Comité Editorial de la Sociedad Argentina de Antropología, me sumo al homenaje con el fin de comentar aspectos de la labor del doctor Alberto Rex González relacionados con su accionar en el interior del país y con el peso que tuvo en el desarrollo de las carreras de Antropología en la década de los cincuenta.

El Doctor, como acostumbrábamos llamarlo en la universidad, poseía cualidades intelectuales sobresalientes: un espíritu curioso interesado por todas las Ciencias del Hombre, como solía denominarlas en sus charlas; una gran capacidad de lectura y de trabajo, una actitud crítica en continuo movimiento reflexivo y, sobre todo, una profunda conciencia social que lo llevaba a preocuparse por los derechos humanos en el más amplio sentido.

Por todas estas cualidades, sus aportes son multifacéticos y abarcan un amplio rango de las ciencias sociales. Cualquier enumeración resulta incompleta, pero vale la pena mencionar

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Museo Etnográfico, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. E-mail: tarragom@arnet.com.ar

algunos de sus temas. Señalar, por ejemplo, su genuino interés por los estudios etnográficos sobre pueblos originarios de diversas regiones del mundo: África, India, Japón, China, y de los pueblos autóctonos de Norte y Suramérica. Otro tema que lo fascinaba era el origen del hombre y la búsqueda de los mecanismos que motorizaron la evolución cultural en las sociedades primigenias. Dedicó largos años de las dos últimas décadas del siglo XX y los primeros años del siglo XXI a esta indagación. Siempre le preocupó reflexionar sobre actores y sucesos de la historia de las Ciencias Antropológicas en el contexto socio-histórico en que se gestaron las distintas épocas, así como mostró interés en considerar los aportes teóricos de las diversas corrientes (González 1985). A la vez, estuvo preocupado por la diversidad cultural, tanto americana como a escala mundial. Esa inquietud lo llevó a recorrer los más remotos centros patrimoniales, desde *Chou Koutien*, en China, los templos de *Kmer* en Camboya, la garganta de *Olduvay*, en África, *Palenque*, en Mesoamérica, hasta *Inkallacta*, y muchos otros sitios en los Andes. En íntima vinculación, manifestó una constante preocupación por la preservación del patrimonio arqueológico ante la rápida destrucción que estaban provocando las modernas obras productivas y viales. Muchas notas atestiguan esa constante lucha marcando la imperiosa necesidad de generar un cuerpo de leyes que tendiera a su salvaguarda. El arte precolombino como parte del arte universal fue otro de sus convocantes temas, sobre los que trabajó largo tiempo y que se volcaron en varias de sus más importantes obras, como *Arte precolombino en la Argentina* y *Las placas metálicas de los Andes del Sur*. A estos estudios contribuyó en forma significativa su esposa, Ana Montes, con su formación en artes plásticas, como autora de muchos de los diseños sobre el complejo estilístico de La Aguada.

Pero sobre todo, el Doctor fue un arqueólogo apasionado por la investigación científica, a la que dedicó largas horas de trabajo de campo y de laboratorio, porque para él, el *diálogo sustantivo entre teoría y práctica* se producía en esa intersección. Su formación en las más modernas metodologías que se estaban desarrollando en USA en la década de los cuarenta y cincuenta alimentó su accionar y lo llevó a incorporar en la Argentina técnicas como la datación por C^{14} , la palinología aplicada a la arqueología y la arqueobotánica, la teledetección de áreas arqueológicas, los análisis especializados de bienes metálicos y la aplicación de métodos computarizados para la comparación de grandes conjuntos de datos. Podemos afirmar, sin lugar a dudas, que fue un “antes y un después en la arqueología argentina”, una verdadera revolución que sólo tiempo después fue asimilada lentamente por la comunidad científica de la metrópoli porteña y de La Plata. En ambos lugares hubo serias resistencias a sus propuestas, mientras que en las universidades del interior del país fue recibido muy favorablemente y sus enseñanzas prendieron en la primera generación de antropólogos y arqueólogos (Bianciotti 2005).

Conocí al Dr. Alberto Rex González en el otoño de 1957, al comenzar el segundo año de la Carrera de Historia, en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario, que pertenecía, en ese entonces, a la Universidad Nacional del Litoral. Dentro del plan existían dos materias que estaban a su cargo: una era Prehistoria y Arqueología Americana, y la otra, Antropología Cultural. Recuerdo todavía, como si fuera ayer, su primera clase en el saloncito del Instituto de Antropología. Desarrolló el tema introductorio con tal entusiasmo, claridad y erudición, que todos los alumnos quedamos maravillados. El descubrimiento y la debida valoración de las raíces americanas, a través de su discurso apasionado, fue para nosotros un verdadero despertar.

Su participación como profesor en la Facultad desde 1953 hasta 1957 fue crucial en la formación de la primera generación de antropólogos, entre los que me cuento y entre quienes se destacaban, además de tantos otros, dos compañeros que ya no están con nosotros, Víctor Núñez Regueiro y Edgardo Garbulsky. El Doctor no sólo fue nuestro profesor, sino que, en el lapso en que interactuamos con él, llevó adelante el proyecto de un plan de carrera de Antropología que se concretó en 1959 como una orientación dentro de Historia. Sus clases y su pasión por desentrañar la historia de los pueblos ancestrales de América fue el móvil que me llevó a inscribirme en la nueva orientación y empezar así un largo camino que todavía transito, en la investigación arqueológica.

Cuando el Dr. González regresó al país después de disfrutar de una Beca Guggenheim, no volvió a enseñar en Rosario sino que pasó a dirigir el Instituto de Arqueología de la Universidad de Córdoba, donde formó también una camada de jóvenes investigadores y de profesores universitarios, entre ellos, Osvaldo Heredia, José A. Pérez Gollán y Eduardo Berberían. Sin embargo, nuestro contacto se mantuvo. El curso de especialización sobre “Datación en Arqueología” que organizó en septiembre de 1961 motivó un viaje masivo de los estudiantes de Arqueología de Rosario a Córdoba, donde se produjo una fructífera interrelación entre los asistentes de distinta procedencia. Tampoco estuvo ajeno a la realización del Primer Congreso de Estudiantes de Arqueología, llevado a cabo en Rosario en 1962. Presentamos ponencias con una seriedad de profesionales y se estableció contacto entre muchos de los colegas que todavía hoy están enseñando en universidades del país o formando recursos humanos en otros países, como Eduardo Menéndez en México, José Najenson en Israel, Carlos Herrán y Hugo Ratier en Buenos Aires, entre muchos otros.

La década del sesenta, en mi opinión, se destaca en gran medida por el desenvolvimiento académico en las universidades del interior, donde los nuevos enfoques y las metodologías introducidas por el Dr. González, –tales como los métodos de prospección en área, de excavación estratigráfica y de pisos de ocupación– provocaron un verdadero salto en la ejecución de las investigaciones. Empieza la arqueología científica como tal, con énfasis en los trabajos de campo, más sistemáticos y de mayor cubrimiento. Si se revisan las entrevistas que efectuó en diversas oportunidades, es claro que el bagaje teórico-metodológico que trae y aplica en su enseñanza universitaria tuvo que ver con la formación que recibió en EEUU, donde conoció, obviamente, los trabajos de Boas, y donde tuvo como profesora a una destacada discípula, Ruth Benedict. Pero también en Columbia vivió la reacción y el cambio con la gestación de nuevas posturas, en particular la de Julian Steward, creador de la Ecología Cultural, y que fue tutor de su tesis de doctorado, a quien le reconoció una profunda influencia en su formación. Conoció e interactuó con los investigadores más sobresalientes de la época, como Gordon Willey, John Rowe, Betty Meggers, Clifford Evans, Eric Wolf, Leslie White, etc. Tres aspectos teóricos importantes en su pensamiento son el concepto de “evolución social”, la importancia de enfocar históricamente el desenvolvimiento de las sociedades preeuropeas (los pueblos sin historia), y el concepto de “contexto de asociación” en el estudio de la cultura material. A esto se suma la metodología de excavación que bebió durante tres meses en la Escuela de Campo de *Point of Pines*, en Arizona, y los revolucionarios métodos que estaban surgiendo después de la Segunda Guerra Mundial (Martínez Sarasola y Santillán Güemes 1982).

Esto es lo que recibimos los estudiantes de Rosario y Córdoba y lo que nos llevó a transitar un camino diferente, mucho más abierto a las nuevas posturas, como leer a V. Gordon Childe y los trabajos iniciales de L. Binford. La Escuela Histórico-Cultural era una más de las corrientes que se estudiaban en Teorías Antropológicas, pero no la dominante. La apertura a diversas corrientes y la reflexión crítica que nos transmitió tuvo que ver también con el hecho de que varios de nosotros nos interesásemos por los enfoques de la “Arqueología Social” a inicios de los setenta.

El papel fundamental jugado por el Dr. González en la formación de recursos humanos se puede apreciar en las numerosas ponencias presentadas por jóvenes investigadores al 37° Congreso Internacional de Americanistas de Mar del Plata, en 1966, hecho auspicioso y a la vez, profundamente trágico, pues ya se habían producido las renunciadas masivas en las universidades. Por otra parte, no es casual que sus discípulos hayan sido los iniciadores de proyectos regionales en distintos valles del Noroeste argentino cuyos aportes constituyen las bases cronológicas y espaciales indispensables para poder encarar nuevos tipos de investigaciones en la actualidad.

En síntesis, fue mi profesor y mi maestro en el sentido cabal del término, la consulta y la guía a través de las conversaciones mantenidas con él a lo largo del tiempo iluminaron el arduo camino de la investigación, pero sobre todo, me transmitió la pasión por la arqueología y el compromiso que debemos asumir como profesionales, mensajes que todavía guían mi andar. Un profundo agradecimiento y reconocimiento por lo mucho que he recibido de mi querido maestro.

BIBLIOGRAFÍA

Bianciotti, A.

2005. Alberto Rex González. La imagen y el espejo. *Arqueología Sudamericana* 1 (2): 155-184.

González, A. R.

1985. Cincuenta años de arqueología del Noroeste argentino (1930-1980): apuntes de un casi testigo y algo de protagonista. *American Antiquity* 50 (3): 505-517.

Martínez Sarasola, C. y R. Santillán Güemes

1982. Entrevista a Alberto Rex González. Teoría Antropológica: integración y colapso. *Cultura Casa del Hombre* II (3/4): 4-8.

ALBERTO REX GONZÁLEZ

Ana María Lorandi*



Jornadas de homenaje en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 1994. Foto gentileza del Proyecto *Archivo Digital Dr. Alberto Rex González* (Convenio CONICET- Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, FFyL, UBA - Familia González)”

Alberto Rex González falleció el 28 de marzo de 2012, a los 94 años. Pionero de la arqueología científica en el país, pudo trascender las barreras de la academia gracias al profundo sentido social e histórico que imprimió a sus investigaciones y a su militancia en defensa del patrimonio cultural de los pueblos originarios. Fue un hombre apasionadamente comprometido con su profesión hasta sus últimos días. Su obra es inmensa, pues abrió las puertas de las más variadas problemáticas y fue un activo formador de discípulos que hoy se esparcen por todos los rincones del país y del exterior.

No es tarea fácil escribir sobre un gran maestro con el que me unió una relación tan estrecha; por ello voy a hacer un ejercicio de memoria sobre aquellos años de la década del 1950, cuando formó su primer equipo de estudiantes arqueólogos. Sin duda, también resulta difícil poner distancia objetiva sobre una personalidad tan compleja como la de Alberto Rex González. Para sus alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario¹ fue una figura gigantesca que nos marcó profundamente por su docencia carismática. El profesor de Historia Carmelo Busaniche decía irónicamente que Rex González era “El doctor doctor”, o sea, el doctor por exce-

lencia, por nuestra actitud reverencial hacia él. Por cierto, González nos enseñó a hacer ciencia, nos permitió asomarnos al mundo fascinante de la Antropología revisando su pasado a través de

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Sección Etnohistoria, Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina.
E-mail: anamariadorandi@gmail.com

la arqueología. A muchos de nosotros nos permitió conocer por primera vez a los campesinos del noroeste, incluso a los campesinos soldados provenientes del regimiento de Catamarca y que nos ayudaron en la primera excavación en El Alamito en el año 1957. Imposible pasar por todas esas experiencias sin conmoverse cuando uno tiene apenas veinte años.

Uno de los rasgos que más recuerdo de la docencia de Rex –todos los llamábamos así– fue su capacidad para organizar un equipo. Aprendimos a valorar el trabajo en equipo y, en la medida de lo posible, lo he reproducido en mi vida profesional. Además, participar –siendo tan jóvenes e inexpertos– en una campaña científica nos brindó la ilusión de que ya éramos verdaderos profesionales. Rex tuvo la virtud de hacernos sentir importantes. Cuando Víctor Núñez Regueiro organizó la *Primera Convención Nacional de Antropología* en el año 1964 en Córdoba, en la que participaron los arqueólogos más importantes de esa época, los rosarinos descubrimos con sorpresa que todos conocían nuestra existencia y admitieron que participáramos en el mismo nivel profesional. Con el tiempo comprendí que ese reconocimiento era obra de la prédica de Rex elogiando a sus alumnos rosarinos.

De todas maneras, nada se desenvuelve sin conflictos en nuestro medio académico. Algunos colegas aceptaron a regañadientes que una empresa de mi pueblo natal, La Helvética, de Cañada de Gómez, financiara las dos campañas del Instituto de Antropología de Rosario a El Alamito en 1957 y en 1958. Eran tiempos en que se discutía la participación de la Fundación Ford en los proyectos de investigación social en América Latina y, en particular, en la Argentina. Cuando Rex partió hacia los EEUU y lo reemplazó Eduardo Mario Cigliano, aquellos que se avergonzaban de haber aceptado financiación privada (aunque La Helvética jamás solicitó un reconocimiento explícito) mostraron su descontento y provocaron una primera fisura en el equipo. Estas disidencias quedaron al desnudo sin medir la diferencia entre una empresa de capital exclusivamente local y una multinacional que estaba en el origen de la Fundación Ford.

Y también quedaron al desnudo las diferencias entre uno y otro profesor. Habíamos considerado a Cigliano como un discípulo de Rex, ya que parecían tener una relación muy estrecha entre ellos. Cigliano, a su vez, creyó que dirigiría a gente de formación más amplia en la cual apoyarse; en consecuencia, ambos nos desilusionamos cuando descubrimos nuestras mutuas limitaciones. Como lo expresan Bonin y Serrano (2011: 52), en realidad Cigliano era discípulo de Márquez Miranda, a quien Rex González criticaba duramente por el enfoque metodológico utilizado y con quien mantenía una prolongada disputa.

Si analizamos desde el presente las tensiones del pequeño grupo rosarino de esa época, ellas encuadran muy bien en el tipo de conflictos que Rex tuvo que afrontar para imponer pautas científicas en la práctica arqueológica, tal como lo analizan Mirta Bonnin y Germán Soprano en su reciente artículo de *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVI (2011). Los vínculos profesionales, políticos y personales estaban estrechamente entrelazados y cualquier análisis parcial es incompetente para dar cuenta de la forma en que transcurría la vida profesional en esa época (¿sólo en esa época?). Pero sin duda, a lo largo de los años y a medida que aumentaba el prestigio nacional e internacional de Rex González, se delimitaron más nítidamente también los perfiles profesionales y políticos del resto de los arqueólogos y antropólogos argentinos o que vivían en Argentina.

Entre 1954 y 1957, los rosarinos hicimos varios viajes a Buenos Aires y La Plata con el propósito de revisar colecciones –y/o de participar de algunas jornadas científicas–, y todavía en esa época compartíamos almuerzos o cenas con algunos de los antropólogos o arqueólogos que posteriormente se enfrentaron con Rex. Llegó un momento en que la convivencia se desmoronó entre los miembros de esa generación y “pertenecer” a uno u otro grupo identificaba el perfil profesional de sus respectivos discípulos. Incluso, algunos arqueólogos de una generación intermedia, como Pedro Krapovickas, debieron tomar a veces “incómodas” decisiones. Como lo dicen Bonnin y Soprano, los factores personales, profesionales y los políticos se cruzaron para delimitar la participación en uno u otro grupo, y cada uno debió tomar su propia decisión

al respecto. Se generó así un antagonismo –más fuerte entre antropólogos sociales que entre los arqueólogos– continuamente magnificado y teñido por la filiación política e ideológica². Hubo períodos en que se trazaron fronteras muy definidas pero, por cierto, en los últimos años, el prestigio científico de Rex fue adquiriendo una dimensión tan relevante que cualquier faccionalismo vinculado a esas viejas disputas (al menos entre arqueólogos) perdió significación (aunque tal vez surgieron nuevas líneas de identificación y conflicto).

La huella científica y humana que ha dejado Rex González será indeleble. Más allá de los resultados específicos de sus investigaciones, en sí mismos de gran significación, su aporte más importante fue considerar a la arqueología como una de las Ciencias del Hombre y demostrar el potencial del método científico para descubrir la esencia cultural de la humanidad a través de sus obras materiales. “Detrás de cada piedra hay un hombre”, nos decía en Rosario al principio de esta historia, al tiempo que nos convencía de que éramos brillantes aprendices de científicos.

NOTAS

- ¹ Ingresó como profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad del Litoral en 1952 y en 1956 o 1957 concursó las cátedras de Arqueología y Prehistoria Americana y Antropología Cultural, siendo José Luis Romero uno de sus jurados.
- ² Fue un tema recurrente en los paneles organizados en 2009 para conmemorar los *50 años de la Carrera de Antropología* en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

BIBLIOGRAFÍA

Bonnin, M. y G. Soprano

2011. Antropólogos y antropología en las universidades nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno al liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* XXXVI: 37-60.

ALBERTO REX GONZÁLEZ, ANTROPÓLOGO. UN INVESTIGADOR QUE NOS AYUDÓ A COMPRENDER Y A EXPLICAR NUESTRA HISTORIA

*Marta I. Baldini**



Durante su última campaña. La Rioja, 2006

En marzo despedimos a un científico que consagró su vida a reconstruir la historia de los pueblos de nuestro pasado precolombino en el marco de un tenaz compromiso con la defensa de los derechos de sus descendientes, consciente del potencial rol del científico en la sociedad.

Maestro en diversos campos de la antropología, Rex fue un arqueólogo cuya obra está íntimamente vinculada al desarrollo de la disciplina y de las instituciones en las que desplegó su actividad. En ellas impulsó proyectos de investigación, cambios en los programas de formación de arqueólogos y antropólogos, el desarrollo de políticas científicas. Incorporó nuevos marcos teóricos, rigurosos métodos y técnicas científicas y formó numerosos discípulos, consolidando un liderazgo y una proyección cuyo alcance trascendió nuestras fronteras.

Procedimientos hoy naturalizados en el quehacer arqueológico fueron introducidos por Rex: el enfoque diacrónico en la interpretación del desarrollo cultural, el empleo sistemático

* Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas-Museo Etnográfico, Facultad Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina, y Facultad Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. E-mail: mbaldini@retina.ar

de excavaciones estratigráficas, el uso de la fotografía aérea para el reconocimiento de sitios arqueológicos, la aplicación de técnicas de computación a la seriación de tumbas, los estudios de palinología, los estudios genético-serológicos en poblaciones prehistóricas.

En la época en que inició su práctica profesional la arqueología argentina estaba muy ligada al coleccionismo y a la valoración estética de las piezas, el énfasis recaía en la descripción minuciosa de especímenes y en la interpretación generalizada con base en crónicas indiscriminadas. Una realidad que se vio transformada a partir de su concepción de la arqueología como ciencia histórica cuyo objetivo es reconstruir, dentro de sus posibilidades, la historia las sociedades del pasado a través de los restos que nos dejaron.

Compartí con Rex etapas diferentes de su vida. La primera en el Museo de La Plata, donde lo conocí como alumna cuando ingresé a la carrera de Antropología; la época de su exilio académico, cuando fue dejado cesante de todos sus cargos y se le impidió el acceso al estudio de sus propios materiales y notas de excavación; y luego, con el advenimiento de la democracia, su actuación como Director Nacional de Antropología y del Museo Etnográfico. En sus últimos años de actividad, enfrentado al desafío que representa alcanzar una explicación teórica de los procesos de la evolución cultural y los mecanismos que la rigen.

Todas estas etapas estuvieron atravesadas por aspectos invariantes de su dimensión como hombre y como científico que nos dejan un mensaje, un aprendizaje y deben destacarse. Y nada mejor que remitirnos a sus propias palabras para señalarlos.

En un medio a veces poco solidario, siempre prevaleció la generosidad de Rex, su humildad en el trato con los otros, su disposición para igualarse con sus alumnos a pesar de la diferencia de conocimientos, su capacidad para compartirlos y recrearlos con colegas y discípulos. Esto se condice con su concepción de cuál debe ser la actitud del científico:

El quehacer de la ciencia debe hacerse con la búsqueda y la práctica constante de la humildad, puesto que el hombre de ciencia debe afrontar su tarea con una clara conciencia de que no es más que un minúsculo escalón en el infinito edificio que constituye la tarea del conocimiento. Como conclusión la búsqueda de la modestia y humildad de su quehacer deben estar permanentemente presentes en su pensamiento, y que a pesar de su aparente intrascendencia, su actividad es absolutamente imprescindible para que esto, que es el saber y el conocimiento, sólo puedan perdurar en el tiempo como obra acumulativa.

Este concepto del conocimiento científico como una tarea social, colectiva, histórica, que se proyectará después de nosotros, lo llevó a la práctica en sus últimos años mediante la firma de un convenio con el CONICET para digitalizar sus trabajos, sus notas, su colección de diapositivas, de manera que constituyan un fondo documental que quede a disposición de las nuevas generaciones.

Rex fue un investigador incansable. Siempre se destacó por su capacidad de trabajo, su pasión por la arqueología, que transmitió permanentemente en la gestión, en el laboratorio, en el campo, abriendo varios frentes, queriendo duplicar el tiempo. Refiriéndose a la época en que trabajaba en el Museo de La Plata, decía Rex:

Las paredes del viejo Museo fueron durante décadas las de mi segundo hogar. Por un largo lapso pernoctaba dos o tres veces a la semana, tratando de captar esta elusiva entidad casi indefinible que es el tiempo, buscando traducirlo en labor. Labor que no faltaba nunca, y que se renovaba permanentemente en el mismo quehacer según es notorio en cualquier labor científica, en que los nuevos interrogantes son el correlato de la respuesta a cualquier cuestionamiento. Son también el acicate que pone en movimiento una actividad que se rehace y crea a sí misma y que perdura mientras los hombres prosigan en la búsqueda de la verdad.

Su actividad científica se caracterizó siempre por el apoyo a los pueblos originarios, la defensa de la pluralidad étnica y la igualdad de todos los ciudadanos:

Bregamos durante toda nuestra vida –y este es quizá nuestro galardón– por un mejor conocimiento del pasado precolombino, tratamos de comprender los problemas de los hombres de aquel pasado, sus necesidades, sus logros y sus transformaciones en el transcurso de las centurias. Nunca pude evadirme del destino trágico de esos pueblos y culturas y sus descendientes en sus choques con las naciones que los conquistaron y desintegraron sus organizaciones y modos de vida.

Siempre tuvo presente “la imagen de tantos humildes paisanos de mi tierra, mis ocasionales colaboradores, con quienes compartía las largas horas de campamentos y de búsquedas arqueológicas, a quienes aprendí a amar y respetar en su cordialidad y abierta y sana sabiduría, en quienes vi muchas veces retratada la imagen del hombre autóctono de América”.

Coherente, acorde con esto, propició y sostuvo la devolución de los restos de Inakayal y estuvo presente en el acto de entrega de los restos del cacique Mariano Rosas, "Panguitruz Kner", compartiendo con sus descendientes un homenaje a Inakayal en el Museo de La Plata. En su discurso expresó su deseo de que el ejemplo de las restituciones “haga recapacitar a los científicos y a la sociedad argentina sobre la valoración de los derechos humanos de todos los pueblos para que nos podamos reconocer como una Nación con múltiples raíces”.

Rex apoyó la difusión masiva del etnocidio americano; recordemos su fuerte relación con Víctor Heredia a partir de su asesoramiento para el Taki-Ongoy y su respaldo frente a la crítica del recital por parte de algunos medios.

Con el grupo GUIAS (Grupo Universitario de Investigación en Antropología Social) de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata, que trabaja en la identificación y restitución de restos humanos de pueblos originarios, compartió ideas y estuvo en contacto permanente apoyando su labor.

Su compromiso con los derechos humanos también contribuyó al esclarecimiento del genocidio en Argentina: brindó su auspicio y respaldo al Equipo de Antropología Forense desde sus primeros trabajos para identificar los restos de desaparecidos por la última dictadura cívico-militar.

Algunas reflexiones sobre su vida, también en sus propias palabras, complementan su perfil.

Desarrollé mis actividades específicas cumpliendo con un imperativo vocacional que creo que nació conmigo, se hizo carne y me acompañó de por vida... creemos que personalmente, dentro de nuestras circunstancias, forjamos un camino. El quehacer arqueológico nos acompañó desde el comienzo de la adolescencia y estamos seguros que de volver a nacer emprenderíamos la misma ruta.

La arqueología me ha brindado la mayoría de mis momentos más felices... me hizo vivir en un mundo de esperanza y asombro, con el afán siempre renovado de la investigación, con el atractivo de sus incógnitas, nunca resueltas del todo, o resolviéndose mediante el planteo de nuevos problemas, en un sinfín interminable de fascinantes enigmas.

Estoy en paz y agradecido por lo que tuve y lo que pude hacer, lo que pude comprender y el insondable misterio nunca resuelto que rodea el existir, llego en paz y conforme a los límites de mi destino, compuesto, como en todos los humanos, de una dosis de azar en juego con la fuerza de la propia voluntad y el deseo de hacer lo que uno cree correcto y verdadero.

Un reciente homenaje de los alumnos de la Universidad de La Plata testimonia su vigencia entre las nuevas generaciones: “Como estudiantes, y a seis meses de su fallecimiento

to, creemos necesario mantener su memoria viva, habiendo sido su práctica profesional en vida un ejemplo a seguir para la construcción científica plural, crítica y comprometida”. Con la generosidad de siempre, Rex había dedicado largas horas a compartir con ellos lo específicamente arqueológico que inquietaba a cada uno, la historia de la disciplina, la discusión de nuevos marcos teóricos y metodológicos, sus reflexiones acerca de la restitución de los restos humanos guardados en los museos. Trascendiendo extrañamientos académicos su obra, su pensamiento, su mensaje, se renueva en ellos.

Celebremos la plenitud de su vida, la riqueza de su aporte y recordémoslo con alegría.

DR. ALBERTO REX GONZÁLEZ: UN HOMBRE, UN SABIO, UN MAESTRO, UN AMIGO

*Nicolás Pablo Tejada***



Junio de 1995 – El doctor Rex González y el maestro Nicolás Pablo Tejada con alumnos y profesores de la Escuela Secundaria de Icaño, Catamarca

Hombres como el doctor Alberto Rex González no mueren, sino que trascienden y perduran más allá del miedo humano a la muerte, y su impronta señera será guía para aquellos que acepten el desafío de ser originales en el pensamiento y la acción, viviendo con plenitud el derrotero elegido.

Alberto Rex González nació en Pergamino, provincia de Buenos Aires, un 16 de noviembre de 1918. Se graduó de médico en la Universidad Nacional de Córdoba y, fiel a sus principios, se trasladó a Estados Unidos para cursar el doctorado en Antropología de la Universidad de Columbia. Luego de obtenerlo, regresó a la Argentina y se dedicó a aplicar y desarrollar sus conocimientos mediante un plan de trabajo bien estructurado. En 1951 inició sus exploraciones en el Valle de Hualfín, en Catamarca. Excavó sitios, practicó estratigrafías en los asentamientos de los primitivos habitantes y recogió muestras de carbón que sometió a los análisis físicos-químicos para establecer la antigüedad de los restos materiales fabricados por aquellos y definir la secuencia cronológica de las distintas etapas culturales.

Los resultados de esas investigaciones le permitieron fijar las coordenadas temporales y espaciales de las culturas Condorhuasi, Ciénaga y La Aguada. El territorio catamarqueño fue el eje de sus investigaciones de campo y fue el más autorizado expositor de la cultura de La Aguada.

* Centro Cultural del Este Catamarqueño “Amalio Correa”, Icaño, provincia de Catamarca, Argentina.

Infatigable trabajador, dedicó su vida a recuperar la verdadera historia del hombre en estas tierras en pos de revalorizar el pasado precolombino y, como él nos enseñara: roca madre de la que nace nuestra identidad nacional y regional, ya que la cultura republicana no es comprensible sin su raíz colonial, ni ésta sin la precolombina.

Más allá del rigor científico propio de quienes desandan profesionalmente la antropología para definir acabadamente la senda transitada por el hombre a lo largo del tiempo y espacio, el arqueólogo va tejiendo una red social en la que desarrolla sus investigaciones y, en ese sentido, el doctor Rex González supo inspirar respeto, admiración y afecto de amigo.

Lo conocí un 14 de febrero de 1983 en la Escuela N° 287 del Alto de la Junta (Andalgalá, Catamarca), donde se iniciaba el curso de “Defensa del Patrimonio Arqueológico” promovido por el Consejo General de Educación de Catamarca, del que participaron 70 docentes de toda la provincia y entre cuyos objetivos estaba el de promover actitudes y conductas patrióticas en defensa de nuestro patrimonio arqueológico y conocer los fundamentos y fines de la arqueología, ubicándola en el conjunto de las ciencias del Hombre.

En esos diez días que duró el curso, tuve la oportunidad de conocer a un apasionado arqueólogo, a un gran maestro y a una excelente persona. Con él, se nos vislumbró otro mundo donde se nos “abrían los ojos” a cientos de años de negación y, en mi caso particular, “el indio melonado, salvaje, traicionero, bárbaro, etc.” que me enseñaron en la escuela pasó a ser un serio compromiso para revertir esta actitud peyorativa hacia todo lo que sea de los originarios.

En aquella oportunidad produjimos un documento denominado “Declaración de Aconquija”, entre cuyos enunciados expresábamos que “Queda explícito que no se trata de retomar una vieja polémica histórica de hispanismo versus indigenismo, sino de comprender la síntesis final que resultó del choque de dos culturas diferentes. De las cuales una fue injusta y permanentemente olvidada y que por lo tanto requiere el juicio equilibrado que la reivindique en toda su dimensión. Juzgamos que mientras no arraiguemos este sentido americanista, los argentinos no podremos lograr el sentimiento de autoconciencia indispensable para el desarrollo de una auténtica cultura nacional”.

Nunca olvidaré aquel día que nos hizo conocer el Pucará de Aconquija. Con qué orgullo nos enseñaba y explicaba, mientras quedábamos absortos ante semejante manifestación arquitectónica. En aquella oportunidad, me di cuenta de que estaba ante un educador nato. El doctor Rex tenía el don y la capacidad de enseñar con sencillez, con convicción y pasión.

Desde aquella fecha, muchos fueron los encuentros con el Maestro, y en cada uno de ellos nos dejaba con humildad su pensamiento, sus asombros, sus inquietudes y por sobre todo, su talento, su tenacidad por develar “los misterios escondidos” de la Cultura La Aguada, a la que dedicó muchos años de trabajo de investigación y que hoy podemos ver en su rica y extensa bibliografía.

En junio de 1995, mientras desarrollábamos el proyecto “Revalorización de las Culturas Precolombinas” con mi esposa Charito Polti y alumnos de la Escuela Secundaria de Icaño, tuvimos la sorpresa de su visita, acompañado de Inés Gordillo y Florencia Kusch. Fue una jornada memorable e inolvidable. Todos fuimos al sitio arqueológico de Río Chico y él, rodeado por los alumnos, se prodigaba con tanta alegría, con tanto entusiasmo, que en un raptó de emoción me dijo: “Tejada, ¡jeste es el camino!” y regresó a los jóvenes con renovada energía.

Como anécdota, en una de sus visitas a nuestro hogar de Icaño, junto a los arqueólogos José Togo y Marta Baldini, mientras analizaban algunas figurillas de nuestra colección arqueológica, nuestro hijo Pablo puso un video sobre la cueva de La Candelaria. De pronto, Rex, exaltado, pidió que se rebobinara la filmación, hasta que solicitó detener en una imagen de las pictografías y ofuscado expresaba: “¡Me equivoqué! ¡Me equivoqué!”, y en su libro *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*, hizo la corrección que correspondía. Debo destacar en ello un acto de humildad al reconocer su error...

Es justo y necesario, en esta ocasión, expresar mi profundo respeto y consideración a la mujer que acompañó a Rex a lo largo de su vida, la señora Ana Montes de González, Yi. Como nunca,

cabe mencionar esa frase: detrás de un gran hombre, hay una gran mujer. Maravillosa persona, que complementaba el trabajo que desarrollaba su esposo. Sencilla, amena, inteligente y, como él, una apasionada del arte precolombino. Mucho aprendimos de ella en el curso de arqueología del cual Rex era el profesor titular, secundado por el Néstor Kriscautzky y María Delia Arena.

Llevados por sus enseñanzas y consejos, a lo largo de todos estos años hicimos un importante rescate de piezas arqueológicas que enriquecerá el futuro museo de Icaño y que fueron registradas por la Dirección de Antropología de Catamarca; desarrollamos proyectos presentados institucionalmente en los establecimientos escolares con el objeto de revalorizar las culturas precolombinas; creamos el Centro Arqueológico, Histórico, Cultural del Este de Catamarqueño “Amalio Correa”; hicimos relevamientos de sitios arqueológicos en toda la zona; nos conectamos con arqueólogos de Catamarca con el fin de que realizaran investigaciones en asentamientos que consideramos muy importantes; acompañamos y guiamos a muchos profesionales a las distintas manifestaciones de pinturas rupestres diseminadas en la ladera oriental de las Sierras de Ancastí y sitios arqueológicos, entre ellos a sus colegas Ana María Llamazares, Carlos Martínez Sarasola, Inés Gordillo, Carlos Nazar, Giancarlo Puppo, Andrés Laguens, Marta Bonnin, etc.; recreamos en la comunidad el concepto de respeto y la valoración a este legado, al que debemos incorporar como nuestro patrimonio cultural; hicimos una valoración del paisaje y la consideración de dar a nuestro pueblo un destino turístico; pero por sobre todo, despertamos en nuestros jóvenes sentimientos de orgullo de nuestras raíces y la necesidad de recuperar, estudiar y conservar los testimonios del pasado autóctono en sus distintas manifestaciones arqueológicas, anhelando con profunda confianza que el respeto y admiración que hoy sentimos por nuestro patrimonio sea compartido por todos los pueblos con los que tenemos un pasado común.

Querido Rex, lo enunciado precedentemente es su obra, lo que usted con mucho amor nos enseñó y transmitió. Nosotros, de alguna manera, fuimos las manos ejecutoras de lo que usted, con su visión, estimaba que era correcto hacer. Y aún seguimos transitando ese camino...

Ha sido un honor compartir un tiempo de su vida.